

Jacqueline Harpman
Yo que nunca supe
de los hombres

Traducción del francés
por Alicia Martorell

Alianza editorial

Ya casi no salgo, así que paso mucho tiempo en uno de los sillones, releendo libros. Hasta hace poco, no me había interesado por los prefacios, los autores suelen hablar de sí mismos, explicar por qué han escrito la obra en cuestión. Me parece sorprendente: resulta que en aquel mundo no estaba más clara la necesidad de transmitir los conocimientos adquiridos que en el mundo en que me ha tocado vivir. A menudo parecen sentir la necesidad de precisar que en su tarea no hay inmodestia alguna, que les han pedido que escriban, pero se lo han pensado mucho antes de aceptar. ¡Es muy curioso! Como si las personas no estuvieran ávidas por instruirse y hubiera que pedir disculpas por la osadía de querer transmitir conocimientos. O bien explican por qué consideran que es adecuado publicar una nueva traducción de Shakespeare, pues las anteriores, por muy loables que sean, presentan tal o cual imperfección. ¿Por qué traducir, si debía de ser muy sencillo aprender los diferentes idiomas y leer cualquier obra sin necesidad de intermediarios? Son cosas que me dejan perpleja. Está claro que soy muy

ignorante: aparentemente, todavía sé menos de lo que creía. Hablan con agradecimiento de las personas que los formaron, les abrieron las puertas de tal o cual campo del conocimiento y, como no entiendo de qué están hablando, leo en general con cierta indiferencia. Sin embargo, ayer mis ojos se llenaron de lágrimas, pensé en Théa y me invadió una inmensa pena. La volvía a ver, sentada en el borde de un colchón, con las rodillas de lado, cosiendo pacientemente con su hilo de mala calidad, hecho con cabellos trenzados, que se rompía constantemente, parando de vez en cuando para mirarme, asombrada, a punto de descubrir mi ignorancia y enseñarme lo que sabía, desolada de que fuera tan poco. Sentí una congoja inmensa y me puse a sollozar. Nunca había llorado. Me dolía tanto el alma como el cáncer me duele en el vientre y yo, que ya no hablo porque nunca hay nadie que me escuche, me puse a llamarla, repetía ¡Théa! ¡Théa! Era incapaz de tolerar que no estuviese aquí, de dejar que la muerte se apoderase de ella, que la arrancase de mis torpes brazos, me reproché no haber podido retenerla, no haber comprendido que no podía más, me dije que la había abandonado porque soy tan tiesa como lo he sido toda mi vida, como lo seré cuando muera sin poder estrecharla cálidamente, que mi corazón estúpido estaba congelado, que no me había dado cuenta de su desesperación.

Nunca había estado tan angustiada, y eso que habría jurado que tal cosa nunca me pasaría. Había visto temblar, llorar, gritar a las mujeres, pero era ajena a su drama, testigo de movimientos que me parecían ininteligibles, silenciosa, incluso cuando hacía lo que me pedían para ayudarlas. Estábamos todas atrapadas en la misma tragedia, tan potente, tan total, que era insensible a lo que no viniera de ella, pero había acabado pensando que yo era diferente. Y allí, estremecida por los sollo-

zos, no tuve más remedio que reconocer, muy tarde, demasiado tarde, que yo también había amado, que podía sufrir y que, a fin de cuentas, era humana.

Me parecía que ese dolor nunca se calmaría, que había tomado posesión de mí de una vez por todas, que me impediría definitivamente consagrarme a algo que no fuera ese dolor, y lo aceptaba. Creo que se refieren a algo así cuando hablan de estar devorada por los remordimientos. Ya no podría levantarme, ni siquiera prepararme la comida, y me dejaría morir lentamente, me causaba un placer oscuro imaginarme abandonada a la desesperación, y, de repente, el dolor físico volvió, tan brutal y agudo que me distrajo del dolor moral. Y yo, que forzosamente nunca me divierto, encontré divertida esta alternancia y, doblada en dos como estaba, me puse a reír.

Cuando el dolor remitió, me pregunté si me había reído ya alguna vez. Las mujeres reían con frecuencia y me pareció que a veces me había unido a ellas, pero no estaba segura. Ahí me di cuenta de que nunca pensaba en el pasado, vivía en un presente perpetuo, estaba olvidando mi historia. Al principio, me encogí de hombros, diciéndome que no sería una pérdida demasiado grande, ya que no me había pasado nada, pero pronto este pensamiento me inquietó. Después de todo, si era un ser humano, mi historia era tan importante como la del rey Lear o la del príncipe Hamlet, que ese William Shakespeare había descrito con tanto detalle. La decisión se tomó en mi interior casi sin darme cuenta: haría como él. Con el tiempo, había aprendido a leer con fluidez; escribir es mucho más difícil, pero nunca he retrocedido ante las dificultades. Tengo papel y lápices, quizá no tenga mucho tiempo y desde que ya no salgo de expedición no tengo ocupación alguna: decidí empezar inmediatamente. Fui a la despensa, saqué la carne que comería a medio-

día y la puse a descongelar: así, cuando tuviera hambre, mi comida estaría lista rápidamente. Luego me instalé en la mesa grande y empecé a escribir.

En el momento en que escribo estas líneas, he terminado mi relato. Todo está en orden a mi alrededor y he llevado a cabo la última tarea que me había impuesto. Solo me ha llevado un mes, que quizá haya sido el más feliz de mi vida. No lo entiendo: después de todo, mis recuerdos se limitan a esa existencia extraña que no me ha deparado demasiada felicidad. ¿Habrá en el trabajo de la memoria una satisfacción que se alimenta de sí misma, por la que aquello que recordamos es menos importante que la actividad de recordar? Otra pregunta que también quedará sin respuesta: me parece que no soy más que eso, preguntas sin respuesta.

Por muy lejos que me remonte, solo veo el sótano. ¿Es eso lo que llaman recuerdos? Las escasas veces que las mujeres se animaron a relatar momentos de sus historias, no había más que anécdotas, idas y venidas, hombres: yo me tengo que limitar a llamar recuerdo al sentimiento de existir en un mismo lugar, con las mismas personas, haciendo las mismas cosas, que eran comer, evacuar y dormir. Durante mucho tiempo, los días fueron idénticos, luego me puse a pensar y todo cambió. Antes solo había una cosa: la repetición de gestos similares y el tiempo que parecía inmóvil, aunque me diera cuenta confusamente de que pasaba porque estaba creciendo. Mi memoria empieza con la ira.

Evidentemente, no puedo decir qué edad tenía. Las otras ya eran adultas cuando alcancé la edad en que podía llegarme la pubertad. Solo tuve los primeros signos: me salió vello en las axilas y en el pubis, mis senos se hincharon un poquito y ahí se quedó todo. Nunca tuve la regla. Las mujeres me dijeron que

era una suerte, que no tendría que bregar con la sangre ni tomar precauciones para no manchar el colchón, escaparía a la tarea fastidiosa de lavar todos los meses esos harapos que llevaban entre los muslos como podían, es decir, apretando los músculos, ya que no tenían nada para sujetarlos, y no sufriría los dolores de vientre tan frecuentes entre las jóvenes. Pero no las creía: casi todas tenían la menstruación, ¿cómo puede ser una ventaja no tener lo que tienen todas las demás? Tuve la sensación de que me engañaban.

En aquella época, no me hacía preguntas sobre las cosas, ni se me ocurrió preguntarme para qué servía la regla. Quizá fuera de naturaleza silenciosa; en todo caso, no me alentaban las respuestas que recibían mis escasas preguntas. En general, las mujeres suspiraban, apartaban la vista y me respondían «¿de qué te servirá saberlo?», lo que me hacía sentir que las molestaba o las entristecía. Como no tenía ni idea, no insistía. Hasta mucho tiempo después, Théa no me explicó lo que era la regla. También me dijo que ninguna de las mujeres tenía mucha instrucción, eran obreras, mecanógrafas o vendedoras, palabras que en mi cabeza nunca llegaron a adquirir un sentido preciso, y que no estaban mucho más informadas que yo. No obstante, cuando lo supe, me pareció que me daban la información de mala gana. Lo viví como una ofensa. Théa me dijo que me equivocaba del todo y trató de explicarme las razones de que se comportaran así: volveré más adelante, si me acuerdo, pero en ese momento del que quiero hablar estaba furiosa, me sentía menospreciada, como si hubiera sido incapaz de comprender las respuestas a mis preguntas (que tampoco eran muy numerosas), y decidí no prestar atención a las mujeres.

Estaba todo el rato de mal humor, pero no lo sabía, porque no conocía los términos que designan los estados aní-

nicos. Las mujeres iban y venían dedicándose a las escasas ocupaciones de la vida cotidiana y nunca me pedían que participase. Me acucillaba y miraba todo lo que hubiera que ver. Cuando lo pienso, no era casi nada. Estaban sentadas y charlaban o bien, dos veces al día, preparaban la comida. Poco a poco, mi atención se centró en los guardias que recorrían constantemente el pasillo exterior. Siempre iban de tres en tres, separados por solo unos pasos, observándonos, y en general ignorábamos su presencia, pero yo me estaba volviendo curiosa. Me di cuenta de que uno de ellos era diferente: más alto, más delgado y, tardé un poco en comprenderlo, más joven. Eso me interesó mucho. En sus periodos de buen humor, las mujeres hablaban de los hombres, del amor, se reían como locas y se burlaban de mí cuando les preguntaba qué tenía aquello de divertido. Recopilé todo lo que sabía: los besos en la boca, los abrazos, poner ojitos, roces con el pie, que no entendía en absoluto, y luego venía el séptimo cielo, pero como no había visto ningún cielo, ni el primero ni los otros, tampoco perdí mucho tiempo en ello. Y también las quejas sobre la brutalidad, me hace daño, no se preocupan de las mujeres, las preñan y se marchan diciendo «¿cómo puedo saber que es mío?». A veces declaraban que no habían perdido nada, otras veces se ponían a llorar. Yo estaba destinada a seguir siendo virgen. Un día, reuní todo mi valor para superar mi ira y pregunté a Dorothée, la menos desagradable de las dos viejas.

—¡Pobre pequeña!

Y, tras unos suspiros, llegó la respuesta habitual:

—¿Y para qué quieres saberlo, si nunca te pasará?

—Me serviría para saberlo —dije rabiosa, desvelando la razón de mi obstinación.

Ella no entendía que alguien quisiera saber algo sin utilidad alguna y no pude sacarle nada. Ya que, indudablemente, moriría intacta, al menos quería tener satisfacción mental. ¿Por qué se obstinaban todas en no decir nada? Intentaba consolarme diciéndome que era un secreto a voces y que ninguna lo controlaba en realidad. ¿Me lo negaban para darle importancia, para que pareciera algo admirable que estaban creando con su silencio para una chica que no sabía nada y que las miraría como si fueran las depositarias de un tesoro? ¿Acaso no me mantenían en la ignorancia solo para fingir que no estaban absolutamente privadas de todo? A veces decían que era por pudor, pero yo veía claramente que entre ellas no había pudor alguno, susurraban, soltaban risitas, eran indecentes. Yo no haría nunca el amor, ellas ya no lo volverían a hacer: quizá estábamos en igualdad de condiciones y ellas intentaban consolarse despojándose de todo lo que estaba a su alcance quitarme.

A menudo, por la noche, pensaba en el guardia joven. Utilizaba lo poco que había podido adivinar: en otra vida, se habría sentado junto a mí, me habría invitado a bailar, me habría dicho su nombre, yo le habría dicho el mío, porque habría tenido uno, habríamos hablado y, si nos hubiéramos gustado, habríamos paseado de la mano. Quizá no me habría parecido interesante: era el único de nuestros seis carceleros que no estaba viejo y gastado, así que mi indulgencia podía deberse a que no había conocido a ningún otro joven. Intentaba imaginar nuestra conversación, en aquellos tiempos que no conocí: ¿seguirá haciendo bueno mañana? ¿Has visto los gatitos que han nacido en casa de la vecina? Dicen que la tía se va de viaje... Pero nunca había visto gatitos y no podía hacerme una idea de qué era el buen tiempo, lo que acortaba mi ensueño. Entonces pensaba en los besos, me imaginaba con toda la precisión

posible la boca del guardia, que era bastante grande, con los labios bien dibujados, apenas hinchados. Las bocas demasiado hinchadas que veía en algunas mujeres no me gustaban. Me imaginaba acercando mis labios a los suyos: sin duda, necesitaba más información, pues en mi interior no pasaba nada especial.

Una noche la cosa cambió. En lugar de dormirme de aburrimiento intentando imaginarme un beso que nunca llegaría, me acordé de que las mujeres habían hablado de interrogatorios, asombradas de que no los hubiera habido. Monté una fantasía sobre lo poco que habían dicho: me imaginaba que llegaban buscando a una mujer y se la llevaban gritando aterrorizada. A veces no la volvíamos a ver, otras veces la dejaban tirada por la mañana, cubierta de quemaduras, herida, gimiendo, y no siempre sobrevivía. Pensaba: «Ah, si hubiera interrogatorios, vendría a buscarme, abandonaría la sala en la que vivo desde siempre, me arrastraría por pasillos desconocidos y pasaría algo por fin».

Mi mente iba a toda velocidad: el chico que me empujaba con aires decididos parecía concentrado en su tarea, pero tras dar la vuelta a la esquina, cuando nadie nos podía ver, se detenía, se volvía hacia mí, me sonreía y decía: «No temas nada». Y luego me tomaba en sus brazos. En ese momento me atravesó algo inmenso, un éxtasis tan desmesurado que parecía más grande que yo misma, una luz inaudita explotó en mi cuerpo, me quedé sin aliento... y lo volví a recuperar enseguida, porque fue algo desesperadamente breve.

Después de aquello mi alma cambió. No volví a intentar que las mujeres me dijeran sus secretos, pues yo ya tenía uno. Como el éxtasis era difícil de obtener, tuve que contarme historias cada vez más largas y complicadas y, con gran dolor de

mi corazón, nunca lo logré dos veces seguidas, aunque hubiera querido que aquello durase horas. Aspiraba a que esa sensación me recorriese de forma ininterrumpida, noche y día deliciosamente acunada, acariciada como la hierba rala de la llanura por un viento suave que duraba días enteros, algo que no pude ver hasta mucho tiempo después.

A partir de ese momento, me consagué a la tarea de reproducir aquel éxtasis. Tenía que inventar circunstancias extraordinarias en las que estábamos solos o, al menos, aislados de las demás, frente a frente, para que, tras muchos tormentos, tuviera la divina sorpresa de sentir cómo sus brazos me rodeaban. Mi imaginación se desarrolló. Estaba obligada a entrenarla con mucha disciplina, pues, después de haber intentado varias veces representarme el gesto delicioso que me había llevado al cielo, sin lograr éxtasis alguno, me di cuenta de que no podía recorrer dos veces el mismo relato, la sorpresa era indispensable. La dificultad era muy grande, porque era a un tiempo la inventora del relato, la narradora y la oyente que necesitaba el impacto del asombro. Lo raro es haber podido superar tantos obstáculos. A qué velocidad debía viajar mi mente para que me sorprendiera la situación que llegaba, de modo que me anegara la conmoción. La primera vez, cuando tuve la idea del interrogatorio, ni siquiera me había contado historias, no sabía que una cosa así fuera posible, estaba completamente atrapada en el juego, maravillada por una actividad tan nueva y por el relato mismo. Luego, enseguida me volví adicta, una experta del relato, aprendí a detectar si empezaba mal, si corría hacia un callejón sin salida, incluso a retomar los hechos para modificar más adecuadamente su curso. Llegué a construir personajes recurrentes que se modificaban poco a poco y se hacían muy familiares. Estaba muy contenta con

ellos. Solo ahora, leyendo los libros, he empezado a ver que eran bastante someros.

Tenía que crear historias cada vez más complicadas, algo dentro de mí sabía lo que esperaba de ellas, y levantaba obstáculos: debía encontrar la forma de que me pillaran desprevenida. A veces tuve que prolongar el relato durante varias horas para despistar a mi público interior, hasta que olvidaba desconfiar, se dejaba atrapar por el placer de escuchar, se entretenía y bajaba la guardia. Entonces llegaba el instante admirable, la mirada del muchacho, su mano en mi hombro y el éxtasis de todo mi ser. Luego podía dormir. Quizá al interrumpir la historia estaba decepcionando a un público interior que prefería el relato a la emoción y se afanaba en demorarlo, tanto que me habría privado del placer para prolongar el suyo. A veces, incluso, intentaba negociar: estoy cansada, quisiera dormir, por favor, que venga el éxtasis, mañana continuaré. Pero no servía de nada, no se dejaba engañar.

Las mujeres se dieron cuenta de que había cambiado. Me observaron un tiempo, siempre estaba sentada, con las rodillas dobladas, la barbilla sobre los brazos cruzados y supongo que mis ojos estaban vacíos. No me di cuenta, porque ya no me ocupaba de ellas en absoluto, así que fue una sorpresa cuando Annabelle empezó a hacerme preguntas.

—¿Qué haces?

—Estoy pensando —dije.

Eso la dejó perpleja. Se detuvo un momento, esperando a que añadiera algo más, luego fue a transmitir a las otras mi respuesta. Hablaron un rato y Annabelle volvió.

—¿En qué?

Tuve un acceso de ira.